
**ESTABILIDAD, GERONTOCRACIA Y EL TEDIO DE LA
DEMOCRACIA DIRECTA EN URUGUAY.
Consideraciones sobre la cita electoral del 25 de octubre**

Manuel Alcántara Sáez
Universidad de Salamanca

Las elecciones generales en Uruguay integran los comicios presidenciales y legislativos que se celebran cada cinco años. La llamada a las urnas para la elección presidencial requiere, desde la reforma constitucional de 1996, de una mayoría absoluta sobre el total de los votos emitidos, de manera que si ninguna candidatura la alcanza debe celebrarse una segunda vuelta entre las dos más votadas un mes más tarde. Las candidaturas contendientes de los distintos partidos se conforman en elecciones internas celebradas al unísono el último domingo de junio del año electoral. Por su parte, la convocatoria para elegir las dos cámaras que integran el Poder Legislativo se articula sobre la base de listas cerradas y representación proporcional. Así las cosas, el 89,86 por ciento del total de votantes habilitados acudieron a las urnas el pasado 25 de octubre para elegir presidente y legisladores y decidir, bajo la fórmula de plebiscito, sobre dos cuestiones que habían sido propuestas, bajo la fórmula constitucional de la iniciativa legislativa y de la iniciativa popular respectivamente, y que se referían a la regulación del voto de los emigrantes y a la revocación de la ley de amnistía aprobada durante el primer gobierno de Julio María Sanguinetti en 1986. Este nivel de participación, rondando el 90 por ciento, es una constante uruguaya y sitúa al país en uno de los primeros lugares en el mundo a la hora de movilizar electores en procesos democráticos.

Las elecciones presidenciales dieron cabida a cinco candidaturas. Tres procedían de sendas formaciones que han monopolizado la vida política uruguaya desde 1971 y que han contribuido a definir un modelo multipartidista en este país desde en-

tonces. Los Partidos Nacional (blanco) y Colorado, cuyos orígenes datan de la primera mitad del siglo XIX y que dominaron ampliamente la política del país hasta 2004, y el Frente Amplio, cuya conformación a finales de la década de 1960 rompió el tradicional bipartidismo uruguayo y cuyo ascenso fue paulatino a partir de la transición a la democracia en 1984 hasta alcanzar a las formaciones tradicionales en 1994 y convertirse en el primer partido del país en 1999 y alcanzar la presidencia cinco años más tarde. Si en 2004 supo alcanzar el poder presidencial bajo el liderazgo de Tabaré Vázquez, obteniendo en la primera vuelta el 51,7 por ciento de los votos válidos, hoy su caudal electoral ha alcanzado el 48,16 por ciento. En términos de número de votos, el soporte recibido en este momento por el candidato del Frente Amplio, José (Pepe) Mujica, tres años Ministro de Agricultura en el gobierno de Vázquez, fue de algo menos de treinta mil votos con respecto a los obtenidos por Vázquez, que vendría a ser la pérdida, en términos absolutos, registrada tras cinco años de gobierno.

Los resultados electorales han confirmado las tendencias de los sondeos de opinión pública de los últimos meses que, tras un año previo zigzagueante, situaban al voto frenteamplista en una horquilla comprendida entre el 45 y el 49 por ciento, superando el porcentaje conferido a la suma de la intención de voto de los dos partidos tradicionales. El candidato del partido Nacional, Luís Alberto Lacalle, terminaba quedándose en el 28,94 por ciento, mientras que el del Partido Colorado, Pedro Bordaberry, se situaba en el 16,9 por ciento. El primero registraba una pérdida de algo más de seis puntos porcentuales (cien mil votos) con respecto a las elecciones de 2004 mientras que el segundo recuperaba cerca de ciento cincuenta mil votos. Esta más que posible transferencia de votos entre los dos partidos tradicionales es una de las notas más relevantes de la elección presidencial.

Además, ha servido para revitalizar al Partido Colorado que en 2004 había obtenido el peor resultado de su historia. Entonces se extendieron serias dudas sobre su capacidad de recuperación atrapado en una pinza por el notable ascenso, por su izquierda, del Frente Amplio y la consolidación, por la derecha, del Partido Nacional como aglutinador de aquellos sectores que se mantenían como oposición al éxito de

Tabaré Vázquez. En este sentido y en lo relativo a la ubicación en el eje izquierda-derecha (en una escala de 1 a 10) de las tres formaciones cabe recordar que el posicionamiento de las mismas, según los propios representantes, solapaba el espacio ocupado por blancos y colorados en valores en torno al 7, llegándose a la práctica confusión de ambos, mientras que los frenteamplistas se situaban alrededor del 3.

Por tanto, y salvo este intercambio de votantes entre blancos y colorados, la estabilidad electoral parece ser la nota dominante, a pesar de que por no haber alcanzado la mayoría absoluta, Mujica deberá competir el 29 de noviembre con el candidato de la segunda minoría, Lacalle. Ahora bien, las proyecciones demoscópicas parecen avalar el éxito de Mujica. Ello es así porque es directo beneficiario de cinco años seguidos de crecimiento acumulando (una tasa del 55 por ciento), de la reducción de la pobreza y de la intensificación de programas sociales bajo el gobierno de Tabaré Vázquez, pero también porque es portador de una iconografía como militante de izquierda encarcelado durante casi quince años por la dictadura militar y con una enorme capacidad de conectar con los sectores más populares. Además es posible beneficiario de los votos de los dos partidos minoritarios, parte de los del Partido Independiente (2,44 por ciento) y la totalidad de los del Partido Asamblea Popular (0,66 por ciento), y del mayor atractivo, para sectores de centro y de centro izquierda, de su candidato a la vicepresidencia, Danilo Astori, a quien derrotó en la elección interna del Frente a pesar de que este último era el candidato del presidente Vázquez.

Ahora bien, en el aire pende el recuerdo de la elección de 1999, cuando el Frente Amplio, que ya entonces era la primera minoría, sucumbió en la segunda vuelta por una alianza de blancos y colorados a favor del candidato de este partido. Bien es cierto que entonces el Frente Amplio solo obtuvo el 40,1 por ciento de los votos válidos en la primera vuelta y que la suma de los votos de los dos partidos tradicionales superaba el 55 por ciento. Mientras que blancos y colorados mantuvieron prácticamente ese porcentaje Tabaré Vázquez se quedó entonces con el 44 por ciento en la segunda vuelta.

Este escenario incierto, no obstante, proyecta también otras peculiaridades de la política uruguaya que tienen que ver con la edad avanzada de los líderes que ahora pugnan por la presidencia: Mujica cuenta con 74 años y Lacalle con 68 años. Pero además arrastran un notable pasado de militancia activa política. Mujica cuenta con una trayectoria de cincuenta años iniciada en el entorno del Partido Nacional aunque muy pronto derivada hacia su incorporación al Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros) en 1962 de donde no se movió llegando a ser senador y posteriormente ministro. Lacalle, proveniente de una saga política muy importante en Uruguay, ya ocupó la presidencia durante la “época dorada” del neoliberalismo económico (1990-1995). El tercer candidato en discordia, Pedro Bordaberry de 49 años es hijo del presidente que condujo el golpe de estado de 1973.

Las elecciones legislativas, por su parte, han certificado el carácter mayoritario del Frente Amplio que seguirá contando con el control de las dos Cámaras. Bien es cierto que el poder alcanzado en 2004 ha disminuido levemente, pero contar con 16 senadores en una Cámara compuesta por 30 (más el vicepresidente que actúa como presidente del Senado) y 50 representantes en una cámara integrada por 99, garantizaría a Mujica, si ganara, un gobierno cómodo y un calvario a Lacalle en el caso de que fuera el vencedor de la segunda vuelta. Por otra parte, el peculiar sistema de sublemas (o corrientes) dentro de los partidos que históricamente rige en la política de este país, señala que Mujica cuenta con un apoyo directo de nueve de los 16 senadores (siete proveniente del sublema “el presidente para todos” y dos del sublema “más unidad más compañeros”), mientras que los siete restantes se vinculan al del sublema del vicepresidente Astori (“unidad y pluralismo frenteamplista”). El Partido Nacional cuenta con nueve senadores (cinco de ellos vinculados al sublema de Lacalle —“unidad nacional”— y cuatro al de Larrañaga —“alianza nacional”—, mientras que el Partido Colorado tiene cinco senadores (tres vinculados a Bordaberry —“vamos colorados”— y dos al sublema “renovación colorada”). En la Cámara de Representantes, el Partido Nacional tiene 20 diputados, el Partido Colorado 17 y los dos restantes son del Partido Independiente.

Para finalizar, la cita electoral contempló, como se indica al inicio, la convocatoria de dos plebiscitos. Ninguno de los dos contó con el respaldo de la ciudadanía. En el primero, convocado por iniciativa popular, se trataba de anular la denominada Ley de Caducidad, promulgada en los albores de la transición como instrumento para facilitarla bajo la excusa de que la impunidad facilitaba la gobernabilidad del momento. El porcentaje de votantes favorables se quedó en el 48,03 por ciento, coincidiendo prácticamente con la votación alcanzada por Mujica. Peores resultados aun tuvo la opción que favorecía el voto por correo desde el exterior de la República, ya que el Plebiscito del Voto Postal, a iniciativa del Poder Legislativo, solamente concitó el apoyo del 37,46 por ciento de los electores y ello a pesar de que más de medio millón de uruguayos viven fuera del país. La participación directa, en un proceso realizado al unísono de las elecciones generales, perjudicó a dos opciones que, no obstante, contaban con una mayoritaria simpatía entre la ciudadanía uruguaya.

Salamanca, 29 de octubre de 2009